

EN TORNO AL LIBRO INFANTIL

Manejar un concepto como el de «Literatura infantil» es siempre peligroso. No hay modo de evitar sus múltiples aristas y su infinita complejidad. Sin embargo, la declaración que antecede no puede obviar que me disponga a tratar de ese concepto con absoluta sinceridad y consiguientemente, con cierta violencia de expresión, que espero sabrá el lector valorar en su peso real.

QUE SE ENTIENDE POR LITERATURA INFANTIL.—

Todos los libros que ponemos en manos del niño o de la niña. Y por extensión, en manos del adolescente. Restringiendo un tanto el concepto, restricción señalada por el mismo sustantivo, diríamos que literatura infantil es todo libro de solaz que entregamos al niño o al adolescente. En tal sentido, a poco que lo meditemos, hallaremos que la ecuación se plantea así: en uno de los extremos, el cerebro creador del libro, en los medios, el libro en sí, inerte al parecer, pero cargado con su peligrosa y solapada potencia, más el cerebro joven, maleable, y sobre todo, impresionable, de sus lectores; en el otro extremo de la ecuación, el resultado de la lectura, es decir, el fruto, incógnita grave.

El punto primero a atacar en el estudio será el cerebro infantil. Es una cosa menos dúctil de lo que parece, por su obstinación y su terquedad. Pero, en suma, por su misma avidez de novedad y de excitantes, maleable. ¿Que tipo de libros pondremos en sus manos?

Ante todo, veamos que pide el muchacho. Si vemos a un niño jugando en la calle apostándose en las esquinas armado de una caña, aquel niño no está en nuestro mundo, y para él la calle no es calle ni la esquina tal esquina: se halla en la Quebrada del Buitre, y oye realmente el galope de los caballos de los Sioux. La niña que juega con su cocinita y sus muñecas en el zaguán no está en el zaguán, sino en un bello parque de propiedad particular, lleno de setos y de bonitos macizos de flores. Todo es posible en el mundo de la infancia, y aunque el despertar de los sentidos obliga a los cerebros infantiles al llegar a cierta edad a mezclarse con el mundo, jamás la visión de este es clara, sino enturbiada o deformada por su viva apetencia, por su irrefrenable deseo de evasión.

Si partimos, pues, de la idea de que el niño y el adolescente tienden a la fantasía no nos extrañará que solamente los libros de relatos y las biografías de hombres de acción les tienen por encima de todos los demás libros. Es la fantasía lo que buscan las mentes juveniles, y por lo tanto, su lectura más apetecida será siempre la obra de creación pura en el terreno del friso novelesco.

¿CUÁLES LIBROS?

¿Qué lecturas vamos a recomendar al niño? Los padres exigen lecturas sanas, porque temen o el despertar inmaduro del mundo de los sentidos o las consecuencias de los impactos emocionales repetidos. Pero, si ponéis a un padre ante una librería, acabará por no saber qué escoger. Y, en última instancia, se decidirá por aquel libro que él mismo leyó de jovencito, y que conoce bien. He aquí la explicación de las numerosas reediciones de los grandes clásicos de la literatura infantil, un Verne, un Karl May, un Stevenson, un Fenimore Cooper...

Ahora bien: personalmente, quién sea admirador de Julio Verne no dejará de reconocer que incluso para un estudiante de bachillerato, aquella proliferación de citas pseudocientíficas, invitan muchas veces a la risa. Julio Verne estaba muy bien para su época, pero en modo alguno puede citarse como un clásico absoluto de la literatura juvenil, precisamente por estar cerca de nosotros, y por haber tratado temas de ciencia aplicada—perdonen la expresión—hoy día ampliamente rebasados. Julio Verne se hallaba ya en la pendiente peligrosa. Hablar del telégra-